

LA ENCICLICA "AETERNI PATRIS" CIEN AÑOS DESPUES

PEDRO RODRIGUEZ

El día 4 de agosto de 1879 el Papa León XIII, casi recién elegido para la Sede de Pedro, dirigía al orbe católico su carta encíclica que comienza con las palabras *Aeterni Patris*. Alguien ha hecho notar que eran las mismas con las que Santo Tomás de Aquino comenzó su célebre *Compendium Theologiae*¹. La pretensión de este documento que hoy se hace centenario, se revela ya en la primera lectura de su texto. Ante la situación intelectual del mundo no católico —dominado por planteamientos positivistas— y la debilidad y mimetismo de la actividad cultural de los católicos, quiso León XIII provocar una profunda renovación de la investigación y la docencia en la Iglesia. El medio adecuado habría de ser un decidido enraizamiento de la actividad filosófica y teológica en sus fuentes más genuinas: la gran tradición del pensamiento patristico y escolástico, que encuentra su cumbre en la obra de Santo Tomás de Aquino. Sólo de esta manera, piensa León XIII, se podrán abordar con validez y rigor los problemas y las situaciones que ofrece un mundo en constante transformación.

Recuperar la "identidad" perdida

Al cumplirse los 100 años de la gran encíclica, la efemérides invita a una reconsideración del documento en sí, de su contexto histórico, de sus enseñanzas y de su significado actual. Y esto, no

1. S. RAMÍREZ, *Introducción a Tomás de Aquino* (Madrid 1975) 201.

sólo como recuerdo y homenaje a la obra intelectual de un gran Pontífice, sino como algo exigido por el panorama del pensamiento contemporáneo. “La situación presente de la filosofía —se ha escrito el pasado año, comparándola con la que tenía delante León XIII—, tal como se manifiesta en sus portavoces más notables, no ha cambiado de planteamiento, como no sea porque se ha hecho más reduccionista, acentuando su agnosticismo”². Incluso en la filosofía y la teología realizada por pensadores católicos vuelve a observarse, desde hace ya años, un fenómeno paralelo al que un historiador ha diagnosticado para la época que precede a la *Aeterni Patris*. Se dio entonces —dice ese autor—, frente a unos sistemas que socavaban los fundamentos racionales de la fe, una extraña paradoja: la teología católica, “a la hora de pensar su fe, no fue más sagaz que su época, volvió la espalda a su tradición más auténtica, la de los grandes escolásticos de la Edad Media, y se dedicó a ensayar, uno tras otro, todos los sistemas ideológicos modernos”³. El interés por las nuevas investigaciones y resultados de la ciencia contemporánea y el diálogo con los sistemas filosóficos es algo connatural al verdadero espíritu científico. No estuvo aquí, pues, lo censurable de esta postura, sino más bien en la falta de confianza en las propias fuerzas, dejando de pensar desde la propia fe, con la consiguiente falta de discernimiento en el terreno de las ideas.

En efecto, la desorientación del pensamiento católico —salvo honrosas excepciones—, pero, sobre todo, sus incertidumbres y las perplejidades en que se movía, hicieron necesaria y urgente esta llamada del Pontífice Romano. Al leer hoy la *Aeterni Patris*, uno no puede quedarse en ciertos modos de decir alejados de la cultura de hoy, o en el planteamiento apologético, que no contempla para la razón humana otras perspectivas que las de servicio a la teología, o en el esquematismo con que se proponen algunas figuras y períodos históricos. Este modo de mirar carente de sentido histórico —por desgracia, demasiado frecuente—, impide reconocer el profundo significado de la Encíclica. Porque la *Aeterni Patris* no fue, en realidad, sino una vibrante

2. X. TILLIETTE, *Incontro tra fede e ragione*, conferencia en la Pontificia Universidad Urbaniana, texto en “L'Osservatore Romano”, 28-IV-1978. Ya Maritain había escrito en 1933: “Vemos hoy surgir ciertas concepciones degradantes para el espíritu, que son, en última instancia, el materialismo vivido en el ejercicio mismo del pensamiento” (J. MARITAIN, *Science et sagesse*, Paris 1935, p. 127).

3. P. DE BERTIER DE SAUVIGNY, *Nouvelle Histoire de l'Eglise*. IV: *Siècles de lumières, revolutions, restaurations, 1715-1848* (Paris, 1966) 411-412.

exhortación a teólogos y filósofos, y a los científicos católicos en general, para que recobraran —por usar el lenguaje de hoy— la "identidad" perdida, o al menos difuminada, ante la presión de las diferentes ideologías.

Esta recuperación de la propia originalidad sólo era posible, según León XIII, volviendo efectivamente al origen, a la raíz, a la tradición del propio hogar intelectual; y asimilando de nuevo, en consecuencia, lo que podríamos llamar el estilo propio del pensamiento cristiano —testificado por una historia de siglos— o, en expresión de Juan Pablo II, "el talante típicamente *católico*" (que él ve ejemplificado en la manera de profundizar en la verdad propia de Alberto Magno y Tomás de Aquino) ⁴. Por eso, la *Aeterni Patris* también pretendió, a su manera, describir ese "estilo" y señalar los "modelos" que lo representan fielmente en la historia. Buena parte de los colaboradores del presente volumen dedican sus contribuciones precisamente a profundizar en las características de ese estilo y de esos modelos.

Un talante típicamente "católico"

El estilo que esos modelos manifiestan tiene una radical característica: todos los grandes de la teología *piensan* desde la fe y, en ese pensar, la razón resulta enaltecida y fortalecidos sus logros. La línea de fuerza de la *Aeterni Patris* apunta siempre a lo que es un "proprium" del pensamiento cristiano: el amor sin condiciones a la verdad —la que le es asequible con sus fuerzas naturales, y la que sólo puede alcanzar fortalecido e iluminado por la fe—, y dándose en el espíritu humano ambos órdenes de acceso a la realidad no en agónica tensión, sino en ese modo gozoso de inquirir que procede de saber —por la fe— que Dios, Creador y Redentor, es el origen de los dos niveles de conocimiento.

Esta armonía entre inteligencia y fe se le aparece a León XIII como personificada en la figura de Tomás de Aquino. Esta, y no

4. JUAN PABLO II, *Discurso*, 16-V-1979, en "L'Osservatore Romano", 17-VI-79. Texto castellano en "Documentos Palabra" 1 (1979) 244: "San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino: sus nombres evocan inmediatamente la investigación y la profundidad de la sabiduría, cultivada según un talante típicamente 'católico', entendiendo el adjetivo no sólo en un sentido confesional y eclesial, sino también en el etimológico del vastísimo ángulo visual propio de la inteligencia humana. También hoy todo esto es más que nunca necesario".

otra, es a mi parecer la razón de fondo por la que este Doctor de la Iglesia goza de las preferencias de ésta hasta el punto de ser el Doctor Común: porque fue el que de manera más insigne caminó por el camino común de los Doctores. Tomás de Aquino, en efecto, “distinguiendo netamente, como debe ser, la razón y la fe, pero asociándolas amigablemente, defendió los derechos de una y otra y tuteló la dignidad de ambas”⁵. Este texto de la Encíclica —que Pablo VI calificó de “memorable”⁶— nos avisa, en efecto, que pertenece a la dignidad de la razón el poder hacer aquellas decisivas afirmaciones metafísicas —sobre el ser de las cosas y de las personas y sobre el ser de Dios—, que servirán de base y de instrumento para el ulterior trabajo de la razón iluminada por la fe, propio de la teología. Nada más lejos de la *Aeterni Patris* —aunque algunos así la interpretaron— que el tomismo de corte fideísta propiciado en la época precedente por un Ventura de Raulica: “un tomismo —se ha podido decir— tan vigorosamente adherido a De Bonald como separado de Aristóteles”⁷. El enfrentamiento polémico entre Revelación y fe, por un lado, e inteligencia y razón científica por otro —enfrentamiento que es origen y fruto a la vez de planteamientos o racionalistas o fideístas—, produjo, con la caída del fundamento metafísico, el agnosticismo dominante en la época que afronta León XIII. La encíclica constituye, en este sentido, una incitación a los intelectuales para que se conviertan, según expresión de Joseph Pieper⁸, a la verdad de las cosas.

Pero, al hacer este llamamiento y proponer esta nueva “conversión” a los pensadores católicos, el Papa no se limitaba a mirar hacia atrás. Sabía muy bien el autor de la *Aeterni Patris* que la propia “identidad” sólo se afirma afrontando seriamente los problemas que plantea el tiempo presente. De ahí que la restauración de la gran tradición intelectual del Cristianismo por él intentada, viniera expresamente concebida en diálogo con los auténticos avances de la investigación científica contemporánea y en orden a facilitar ese diálogo en el futuro. Gonzalo Redondo, en su reciente historia de la Iglesia contemporánea, ha podido decir del proyecto de la *Aeterni Patris*: “No se trataba, en modo

5. LEÓN XIII, Encíclica *Aeterni Patris*, en ASS 12 (1879) 109.

6. PABLO VI, Carta Apostólica *Lumen Ecclesiae*, 20-XI-1974, en ASS 66 (1974) 673-702. La cita corresponde al n. 16.

7. P. POUPARD, *Foi et Philosophie*, en “Esprit et Vie” 89 (1979) 122.

8. J. PIEPER, *Warheit der Dinge. Eine Untersuchung zu Anthropologie des Hochmittelalters*, Köln, 3.^a ed., 1957.

alguno, de una medievalización anacrónica del pensamiento; muy al contrario: se buscaba en la invocación de Tomás de Aquino la apertura generosa que permitiera a los católicos irrumpir con seguridad y firmeza en los tiempos nuevos"⁹. Por eso, León XIII declaraba sin ambages, al referirse al "retorno a Tomás", que se trataba de redescubrir la *auténtica sabiduría* del Santo: "pues si hay alguna cosa tratada por los escolásticos con demasiada sutileza o enseñada inconsideradamente, si hay algo menos conforme con las doctrinas comprobadas de los tiempos modernos, o sencillamente insostenible, de ninguna manera está en nuestro ánimo proponerlo o recomendarlo para nuestro tiempo"¹⁰. El Cardenal Charles Journet entendió perfectamente este espíritu de la *Aeterni Patris* cuando escribió: "El mejor modo de honrar a Santo Tomás es ahondar en la verdad a la que él sirvió y, en cuanto es posible, demostrar su capacidad para incorporar los descubrimientos que, con el paso del tiempo, el ingenio humano logra realizar"¹¹. Con lo cual se patentiza que la atención al presente y la orientación al futuro no es un añadido táctico, sino un esencial elemento de aquel "estilo" de pensar e investigar que León XIII advierte en la tradición patrístico-escolástica.

Seguir la tradición de los Doctores

"Si alguno fija su atención en las características dramáticas de nuestro tiempo y reflexiona sobre cómo se desarrolla hoy la vida pública y la privada, descubrirá sin duda cuál es la causa generadora de los muchos males que nos oprimen ahora, y de los que ya se adivinan en el horizonte. La causa radica en que unos criterios erróneos sobre las cosas divinas y humanas, emanados hace ya tiempo de ciertas escuelas filosóficas, han penetrado todos los órdenes de la sociedad y han sido aceptados servilmente por la mayoría"¹².

Estas palabras de una encíclica publicada hace cien años podrían haber sido escritas hoy, tal vez con mayor motivo. Lo cual demuestra, en medio de los profundos cambios sociales y culturales, la sustancial identidad del "tiempo histórico" de León XIII

9. G. REDONDO, *La Iglesia en el mundo contemporáneo. II: De León XIII a Pío XI, 1878-1939* (Pamplona, 1979) 52.

10. *Aeterni Patris*, p. 114.

11. Ch. JOURNET, *Préface* a la obra colectiva *Actualité de Saint Thomas* (Paris, 1973).

12. *Aeterni Patris*, p. 114.

y del nuestro. Con una diferencia: los nuevos desarrollos del mal, que la *Aeterni Patris* entreveía en el horizonte, podría describirlos hoy cualquier hombre de nuestra época. Pero si en la etiología y en el diagnóstico parece darse tal coincidencia, ¿qué decir, habiendo pasado un siglo, de la terapéutica entonces propuesta? La realidad de este siglo enfermo, ¿no acredita al remedio entonces preparado como ineficaz, como no verdadero remedio? ¿No habrá, pues, que buscar hoy en otra parte? Pero, ¿no será tal vez que el enfermo no quiso tomar la medicina y se medicó por su cuenta, o que, queriendo tomarla, no acertó a dar con ella, o que la que le dieron como auténtica estaba en realidad adulterada?

Estas y otras muchas cuestiones semejantes son las que suscita el centenario de la *Aeterni Patris*. De una manera o de otra, son abordadas por los colaboradores del presente volumen, unos en perspectiva histórica, otros con enfoque más especulativo y sistemático. Todos coinciden, sin embargo, en afirmar la agudeza de León XIII no sólo al señalar la enfermedad y sus causas, sino al proponer el camino para devolver a la filosofía y a la teología su vigor y su fuerza creadora: la fidelidad a la tradición de los Doctores católicos, especialmente Santo Tomás. Pero, antes que un grupo de estudiosos, ha sido el mismo Magisterio de la Iglesia el que, a lo largo de estos cien años, de una forma constante —“terca”, se podría decir— se ha reafirmado una vez y otra en el camino señalado por el Papa León, como demuestra Giuseppe Perini en el pormenorizado estudio que se incluye en el presente volumen. Pero hemos de ir hasta el fondo de la recomendación que hace la Iglesia de seguir a Santo Tomás: no se trata sólo de proponer una figura “ejemplar” por su actitud intelectual, “sino —como subrayó con fuerza Pablo VI¹³— de una opción fundada en razones objetivas e intrínsecas a la doctrina filosófica y teológica del Aquinate”. “¡Cuánto deseáramos —escribía Pablo VI a Etienne Gilson— que las jóvenes generaciones, fatigadas de las ideologías, redescubrieran en esta escuela la fecundidad de la fe al mismo tiempo que la confianza en la razón, que es un don del Creador!”¹⁴. Este mismo año el Papa Juan Pablo II se sumaba a esta línea de diagnóstico y remedios cuando decía: “Hoy, más que nunca, es ne-

13. *Lumen Ecclesiae*, n. 15; el subrayado es nuestro. En los nn. 15-17 de la citada carta (vid. *infra*) Pablo VI expuso detenidamente esas razones, comenzando por “el realismo gnoseológico y ontológico, que es la característica primera y principal de la filosofía de Santo Tomás”.

14. PABLO VI, *Lettre autographe au Prof. Etienne Gilson*, 8-VIII-1975, en “L'Osservatore Romano”, 11-IX-1975.

cesario, ante todo, sembrar la buena semilla de la verdad metafísica. En efecto, las confusiones teológicas y las crisis morales generalmente tienen como causa una crisis filosófica. Es necesario permanecer firmes en la buena y sana metafísica, que se remite al Absoluto, al Dios único y trascendente, creador y ordenador del universo y del hombre. En efecto, sin el Absoluto metafísico, falta el 'fundamento' para toda construcción y cualquier error puede ser justificado" ¹⁵.

Pero dentro del Magisterio posterior a la *Aeterni Patris* es obligado señalar la excepcional importancia que reviste la ya citada Carta *Lumen Ecclesiae*, escrita por Pablo VI con ocasión del VII Centenario de Santo Tomás de Aquino, tal vez el documento de mayor densidad que, en los últimos tiempos, el Magisterio de la Iglesia ha dedicado a la doctrina y a la significación del Doctor Angélico ¹⁶. Constituye esta Carta, podría decirse con fundamento, como la relectura actual de la *Aeterni Patris* hecha por el mismo Magisterio eclesiástico. Por eso nos ha parecido imprescindible publicarla aquí, cerrando este volumen de estudios sobre la encíclica leonina.

Leer directamente a Santo Tomás

En la última parte de la Encíclica se exhorta a conocer a fondo la doctrina de Santo Tomás de Aquino. A este propósito, los colaboradores de esta conmemoración centenaria subrayan con frecuencia la importancia que León XIII otorga al texto mismo de Santo Tomás o, mejor, a su pensamiento tal como aparece en sus obras leídas directamente y no, como ha ocurrido tantas veces, a través de comentaristas que, frecuentemente, proyectan sobre Santo Tomás —y después se los atribuyen— planteamientos procedentes en realidad de otros sistemas de pensamiento, a veces radicalmente incompatibles. "Que la sabiduría de Tomás se bus-

15. JUAN PABLO II, *Discurso*, 24-IV-1979, en "L'Osservatore Romano", 25-IV-1979. Texto castellano en "Documentos Palabra" 1(1979) 154. El pasaje citado continúa: "En la encíclica *Humani Generis*, Pío XII escribía con sabiduría y preocupación: 'Todos saben cuánto aprecia la Iglesia el valor de la razón humana, a la que corresponde el deber de demostrar con certeza la existencia de un solo Dios personal, demostrar invenciblemente por medio de signos divinos los fundamentos de la misma fe cristiana... Pero este deber sólo podrá ser realizado convenientemente y con seguridad si se cultiva debidamente la razón' (ASS, 42, 1950, 562-63)".

16. Un buen comentario al documento en J. I. SARANYANA, *La Carta Lumen Ecclesiae de Pablo VI en el VII Centenario de Santo Tomás*, en "Scripta Theologica" 9 (1977) 201-213.

que en sus mismas fuentes —dice el Papa—, o al menos en aquellos ríos que, según la opinión común de los doctores, han salido de la misma fuente y todavía discurren íntegros y puros”. Por el contrario, León XII aconseja apartarse “de los que dicen que arrancan de la fuente, y en realidad crecieron en aguas ajenas y no saludables”¹⁷. La encíclica apunta exactamente a lo que Pablo VI llamará después “la necesidad de buscar, como en un diálogo ininterrumpido, la comunión vital con el propio Santo Tomás”¹⁸. León XIII, al escribir la *Aeterni Patris*, tiene, pues, clara conciencia del tomismo superficial e insolvente que circulaba en determinados ámbitos¹⁹, y, por eso, propugna una auténtica lectura del texto de Santo Tomás. La llamada *edición leonina* de las obras del Doctor Común, que él ordena comenzar a sus propias expensas, testifica la seriedad del propósito pontificio. En este sentido, la detenida investigación del texto mismo de Tomás y de sus fuentes, así como de las escuelas medievales con las que dialoga o de las que depende —tarea cuya trascendencia subraya el Prof. Hödl en su estudio²⁰—, es un gran servicio a lo propuesto en la encíclica.

Ha de decirse, nos parece, que, al cabo de un siglo, este criterio de la *Aeterni Patris* mantiene toda su vigencia. Pues, de hecho, en el panorama actual filosófico-teológico hay escuelas y líneas de pensamiento que se autopresentan como seguidores de Santo Tomás y que, sin embargo, difícilmente se concilian con los principios mismos de Tomás —estudiados en texto y contexto, se entiende—. Tal vez estas escuelas y estos autores sean, en el fondo, hijos de una época en la que, para dar marchamo católico a una teoría filosófica en la Iglesia, muchos tendían a presentarla —aunque fuera forzando el pensamiento— como ya sostenida por Santo Tomás, o al menos, como subraya en su contribución el Prof. Williams, reelaborada *ad mentem Sancti Thomae*. La Iglesia, es cierto, ha preferido la doctrina de Santo Tomás como guía de su enseñanza, pero —como recordó Pío XII²¹— con ello

17. *Aeterni Patris*, p. 114.

18. *Lumen Ecclesiae*, n. 28.

19. Vid., por ejemplo, *supra* nota 7, lo apuntado sobre Ventura de Raulica.

20. Escribe Hödl: “Si esta última —la posición de Tomás de Aquino— no es explicada en el contexto histórico de la investigación sobre Santo Tomás, puede que se consideren como propias del Santo las posteriores tradiciones tomistas escolares. Así, por ejemplo, Luis de Molina ha influenciado poderosamente la interpretación de Santo Tomás que ofrecen los teólogos jesuitas” (Vid. *infra*).

21. Pío XII, *Discurso*, 17-IX-1953, en ASS 45 (1953) 658-68.

no ha pretendido afirmar que no sea lícito seguir otras escuelas que tengan carta de ciudadanía en la Iglesia. El último Concilio lo ha declarado abiertamente: "Para que puedan llevar a buen término su tarea debe reconocerse a los fieles, lo mismo clérigos que laicos, la justa libertad de investigación, de pensamiento y de dar a conocer, con humildad y fortaleza, sus puntos de vista en los campos de su competencia"²². Si algún pensador encuentra inspiración en filones distintos del de Tomás de Aquino, que los siga en buena hora, con tal, claro está, que busque sinceramente la verdad; lo cual, en un católico, implica la adhesión al Magisterio y el reconocimiento de que el pluralismo sólo es legítimo en el interior de la fidelidad a la fe cristiana, ya que, apartándose de ella, no hay verdad sino error. Es precisamente esa convicción la que llevó a León XIII a promulgar la *Aeterni Patris*, en la que aspira a promover no una fidelidad material al texto de Santo Tomás —y menos una utilización manipulada de sus afirmaciones— sino una comunión con su modo de pensar: una razón iluminada por la fe.

Por lo demás, a nadie se oculta que este criterio del Papa León no tenía una intención "fijista", como si todo estuviera ya dicho por Santo Tomás, ni propiciaba una repetición literal de textos y textos, sin ponerlos en contacto —como hacía el Angélico— con las verdaderas *quaestiones* de la época, sino que apuntaba a un riguroso discernimiento de los desarrollos ulteriores del pensamiento —fruto de la incesante actividad inquisitiva del hombre—, que habrían de ser valorados y, en su caso, integrados por quien quiera ser discípulo de Tomás en la perspectiva del Maestro, es decir, desde los principios, la doctrina y el método que Santo Tomás realmente propuso. Es lo que después se daría en llamar tomismo "abierto", tan diverso del "adulterado". Este es, más bien, un concordismo infecundo que desnaturaliza, a la vez, el pensamiento de Santo Tomás y el sistema del que realmente depende.

Hacia un verdadero apostolado intelectual

El programa de la *Aeterni Patris*, conserva, a los cien años, una sustancial validez. Se trata de reafirmar, desde al fe, la confianza en la razón, en los efectos sanantes que la gracia tiene

22. CONC. VATICANO II, Cons. Past. *Gaudium et Spes*, n. 62 *in fine*.

para la inteligencia humana; y, por tanto, de reconocer, los pensadores católicos, la excepcional responsabilidad en que la vocación cristiana sitúa a un intelectual dentro del debate ideológico de nuestro tiempo. Un intelectual cristiano, hoy, ante todo debe asentarse en la fe y en la tradición intelectual de esa fe que señalan la historia y el Magisterio de la Iglesia; debe, a la vez, conocer la situación de espíritu de sus contemporáneos y los problemas que les afectan en el orden de la cultura, para emprender, con sus colegas, un fecundo diálogo que, en su entraña más profunda, ha de constituir un verdadero apostolado intelectual. Buena parte de ese trabajo —que exige ser plenamente consciente de los eventuales errores e insuficiencias de los diversos sistemas filosóficos²³— consistirá en fomentar ese “paso metafísico” del que hablaba el Cardenal Karol Wojtyła, a propósito de la antropología actual, en las páginas de *SCRIPTA THEOLOGICA*: “Ni la ciencia ni la filosofía tienen la audacia de tomar el espíritu humano como objeto de su investigación, y de hablar, por tanto, del alma, como hacían aquellos pensadores que hace siete siglos (Tomás y Buenaventura), o los filósofos antiguos a quienes estos deben tanto. La filosofía de la conciencia, sobre todo en su versión fenomenológica, ha enriquecido ciertamente nuestro conocimiento del mundo de los *fenómenos empíricos* de la espiritualidad humana, pero no se ha decidido a dar el paso metafísico desde los síntomas al fundamento, o, como diría Santo Tomás, de los efectos a la causa”²⁴.

La formación intelectual con este espíritu se hace especialmente urgente, decía la *Aeterni Patris*, para aquella parte de la juventud universitaria que se educa *in Ecclesiae spem*²⁵, es decir, los que se forman en las Facultades eclesiásticas de Filosofía y de Teología, y, en general, en los Centros de formación eclesiástica. “El formidable ‘retorno’ a Santo Tomás —escribirá un siglo des-

23. “Desgraciadamente, hay muchas doctrinas y sistemas modernos radicalmente irreconciliables con la fe y la teología cristiana” (Carta *Lumen Ecclesiae*, n. 18). Inmediatamente antes, Pablo VI había acotado a qué sistemas se refiere: se trata de “las filosofías o teorías científicas cuyos principios fundamentales sean incompatibles con la fe católica, ya por apoyarse en el monismo, ya por negar la trascendencia, ya por su subjetivismo o agnosticismo”. La reciente Const. Apost. *Sapientia Christiana*, en su parte normativa dice: “No se deben aceptar sistemas y métodos inconciliables con la fe cristiana” (art. 68, § 2).

24. K. WOJTYŁA, *L'Evangelizzazione e l'uomo interiore*, en “Scripta Theologica” 7 (1975) 335-352. La cita en p. 337s.

25. *Aeterni Patris*, p. 112.

pués Pablo VI— viene a convalidar la sabia indicación del Supremo Magisterio, que lo presenta como *guía autorizado e insustituible de los estudios filosóficos y teológicos*, criterio confirmado por el Concilio Vaticano II al hablar de él como 'maestro' perenne (*Optatam totius*, 16), especialmente para las Universidades Católicas (*Gravissimum educationis*, 10)"²⁶. En este sentido, no deja de ser admirable coincidencia que en el año del centenario de la *Aeterni Patris* se haya promulgado al fin la esperada Constitución Apostólica *Sapientia Christiana*, destinada a configurar la enseñanza de la filosofía y la teología en la Iglesia Católica durante los próximos decenios. La idea inspiradora, tomada del Concilio Vaticano II²⁷, expresa la síntesis de fe e inteligencia —central en la *Aeterni Patris*— ya en el comienzo de la Constitución: "La sabiduría cristiana, que por mandato divino enseña la Iglesia, estimula continuamente a los fieles para que se esfuercen por lograr una síntesis vital de los problemas y de las actividades humanas con los valores religiosos, bajo cuya ordenación todas las cosas están unidas entre sí para la gloria de Dios y para el desarrollo integral del hombre en cuanto a los bienes del cuerpo y del espíritu"²⁸.

Los colaboradores de este homenaje

El presente volumen aúna a un grupo de filósofos y teólogos de distintas nacionalidades —aquí están representadas España, Portugal, Argentina, Francia, Alemania, Irlanda, Suiza, Bélgica e Italia—, que desean mostrar el mensaje y el significado actual de la encíclica *Aeterni Patris*. Cada uno escribe desde su campo particular de investigación y reflexión, estudiando directamente la Encíclica o profundizando en alguno de los temas a que ella incita.

Para facilitar la utilización internacional de estos trabajos, todos los estudios aquí incluidos van seguidos de una extensa sín-

26. PABLO VI, *Insegnamenti*, 12 (1974) 447. El subrayado es nuestro.

27. El texto remite a *Gaudium et Spes*, nn. 43-45.

28. JUAN PABLO II, Constitución Apostólica *Sapientia Christiana*, 15-IV-1979, texto latino en "L'Osservatore Romano", 25-V-1979; texto castellano en "Documentos Palabra" 1 (1979) 321-339. La cita en Proemio, I. Retengamos aquí solamente uno de los criterios que la Constitución señala a este respecto: la enseñanza debe impartirse con arreglo a los documentos del Concilio Vaticano II y subsiguientes de la Santa Sede, entre los que se destaca especialmente (vid. art. 71 y 80) la Carta Apost. *Lumen Ecclesiae*, de la que antes hemos dicho que podría ser considerada como el "textus recognitus" de la encíclica *Aeterni Patris*.

tesis en lengua latina. Si el texto se publica en castellano, esa misma síntesis aparece también en inglés; y si es en otra lengua, la segunda síntesis va en castellano.

A la hora de publicar estos escritos, han sido distribuidos, según el plan previsto, en dos grupos: los que abordan aspectos fundamentalmente históricos, y los que se detienen en contenidos más directamente especulativos. Estas dos partes constituyen la estructura del libro.

Los estudios de la primera parte —histórica— comienzan con la contribución del Prof. Basevi (Pamplona), que ha investigado los precedentes y la historia de la redacción de la *Aeterni Patris* en orden a captar la verdadera intencionalidad de León XIII al escribirla. Los profesores Huerga (Roma) y López Martínez (Burgos) contemplan el contexto cultural español en el que incide la encíclica leonina, y el Prof. Hödl (Bochum) estudia el dinamismo filosófico-teológico que la encíclica desencadena en Alemania, con sus luces y sombras. El estudio del Prof. Livi (Roma) es una descripción valorativa de los más señalados momentos bibliográficos del “retorno a Santo Tomás” en el pensamiento europeo del último siglo, y el ya citado trabajo del Prof. Perini (Piacenza) estudia, paso a paso y con especial detenimiento en el Conc. Vaticano II, el Magisterio eclesiástico subsiguiente a la *Aeterni Patris* sobre la significación en la Iglesia de la doctrina de Santo Tomás.

La segunda parte agrupa, como dije, estudios que abordan de manera más directa los contenidos doctrinales de la encíclica y sus implicaciones intelectuales. Los cuatro primeros son obra de escritores de lengua francesa y se ocupan de la cuestión de la “filosofía cristiana”, que dio lugar, como es sabido, a uno de los debates intelectuales más célebres de este siglo que hoy se cumple. Los escritos de Gilson y Maritain aquí publicados adquieren el carácter de homenaje póstumo a dos de los más grandes estudiosos de la obra de Tomás de Aquino. Puede decirse con toda justicia que, sin la labor por ellos realizada, el panorama actual de la filosofía cristiana tendría muy distinto horizonte. Estos dos textos antológicos se completan con los estudios de los profesores Cottier (Ginebra) y Verneaux (París): el primero, señalando agudamente la aportación de la encíclica en la materia; el segundo, mostrando en diálogo crítico con Heidegger la permanente validez de la tesis de la *Aeterni Patris*. De este conjunto de escritos po-

dría decirse lo que escribió Pablo VI a Gilson en su ya citada carta: "de vuestros trabajos se deduce una gran idea, que nos es particularmente querida: la fe no es para el pensamiento, para la cultura humana, una traba o un narcótico, sino una luminaria y un estímulo"²⁹.

Los tres estudios que siguen contemplan no ya la filosofía, sino la teología en la perspectiva de la *Aeterni Patris*. El primero, y más abarcante por razón del tema, se debe a la pluma del Prof. Illanes (Pamplona); en él se indaga el modo de entender la teología que demuestra León XIII en nuestra encíclica y se defiende la tesis de que la preocupación de este documento —en contra de lo que sostienen otros autores— no es directamente filosófica, sino teológica. A continuación el Arzobispo Mons. Hamer (Roma) sitúa en este contexto dos importantes cuestiones: el carácter contemplativo y práctico de la teología y la relación de ésta con las ciencias humanas. El Prof. Williams (Friburgo) señala en su contribución las implicaciones que para una renovación de la teología moral tienen las directrices de la *Aeterni Patris*, contrastándolas con la reciente *Fundamentalmoral* de F. Böckle.

Finalmente, dos aspectos particulares —pero centrales— del pensamiento de Santo Tomás son abordados por Mons. Derisi (Buenos Aires) y por el Prof. Cardona (Pamplona): estudia el primero la vigencia actual de la gnoseología del Doctor Común, y el segundo, la trascendencia que para el obrar moral humano tiene la doctrina de Santo Tomás acerca de la ordenación radical de la criatura al Creador.

No podría terminar esta presentación sin hacer constar en público la prontitud y entusiasmo con que los colaboradores de esta obra colectiva respondieron a la convocatoria que se les hizo: fue esa respuesta, con las sugerencias que enviaban, lo que más nos convenció de que era acertado el proyecto de conmemorar la *Aeterni Patris*.

Por eso, este volumen de estudios desea unirse a todas las iniciativas que durante este próximo curso 1979-1980 tendrán lugar en distintas Universidades y Academias científicas para honrar este importante Centenario. En pocos años han ocurrido dos efemérides destacadas con un mismo sentido: en 1974, el VII Centenario de Tomás de Aquino —que también la Facultad de Teo-

29. Carta citada en nota 14.

logía conmemoró solemnemente³⁰— y, ahora el I de la *Aeterni Patris*. Esperamos que, como poso de estos dos acontecimientos de la vida de la Iglesia y de la cultura humana, quede en los estudiosos esta convicción que tenía León XIII y que constituye todo un programa: los planteamientos de Tomás “encierran en su seno semillas de verdades casi infinitas, destinadas a fructificar generosamente, llegado el momento, en el trabajo de los futuros maestros”³¹.

Pamplona, 4 de agosto de 1979.

30. Vid. el número monográfico de “Scripta Theologica”, 6 (1974) 1-390 y J. J. RODRÍGUEZ ROSADO y P. RODRÍGUEZ (dir.), *Veritas et Sapientia. En el VII Centenario de Santo Tomás de Aquino*, obra colectiva, Pamplona 1975.

31. *Aeterni Patris*, p. 108-109.

El texto
de la Encíclica